

dor del nuevo centro educativo. Se espera que este último tome vida dentro del próximo cuatrienio.

Entretanto, el 16 de Octubre había comenzado a funcionar de una manera tangible el Colegio de Estudios Universitarios de Filosofía y Letras de Cáceres que era, con la facultad de Ciencias de Badajoz, una primicia del ansia máxima de esta tierra extremeña, sedienta de tantas cosas, pero más que de ninguna, de cultura y saber.

Por gran suerte, la ciudad disponía de un edificio idóneo y hasta el momento sin utilidad, moderno, amplio y bien acondicionado: el colegio que no hace mucho construyó la Fundación Valhondo Calaf. Este edificio, que a todos pareció excelente, alberga desde la fecha citada a la nueva Facultad.

Un Patronato del Colegio se había prontamente constituido bajo la presidencia del Gobernador civil don Valentín Gutiérrez Durán. Todas las fuerzas vivas de la ciudad, y al frente de ellas el Ayuntamiento, contribuyente con un millón de pesetas anuales durante cinco años se han honrado en prohijar con el mayor cariño este primer vástago universitario en tierras cacereñas. Pero lo más importante y significativo fue sin duda la respuesta del público a este brillante renacer universitario. Cerca de doscientas personas, la mayoría, como es natural en edad estudiantil, pero también gente madura, por mejorar de altura social o por puro afán de saber, se han acercado a estas aulas, para dar la mejor confirmación de la necesidad que de ellas había.

Pertenece ya al dominio histórico la solemnidad de los actos de inauguración del C. E. U. de Cáceres, que fueron presididos por el rector magnífico de la Universidad de Salamanca don Felipe Lucena el cual abrió este año en Cáceres el curso general de toda la Salmantina, de la cual depende por el momento el centro cacereño. Presentes estuvieron las autoridades civiles, eclesiásticas, culturales y militares de la provincia y el director del nuevo Centro don Ricardo Senabre que en otro lugar de este número auspiciará a nuestros lectores el porvenir del flamante colegio.

Esta fundamental efemérides de 1971 ha quedado cincelada con hondo relieve en la historia de Extremadura. Nuestra revista, que no ha sido la última en clamar por estas definitivas mejoras culturales, registra y hace suyo el júbilo de la región por la cristalización de aquellas, camino el más brillante para recuperar un puesto digno en el concierto de las demás tierras de España.

ENSAYOS DE HISTORIA

El Cardenal Albornoz

Por Angel DOTOR



Es aquí una de las más gloriosas celebridades españolas, cuya singular personalidad proyecta la Historia con magnitud tal que merece ser considerada no sólo como representativa de su época, sino superior a ella. Hombre excepcional de pensamiento y acción, caudillo y organizador, político y estadista, patriota y adalid de la Cristiandad, su nombre aparece indeleblemente vinculado al ayer, en tantos aspectos paralelo, de España e Italia.

El ínclito Cardenal, cuyo perfil auténtico y ejemplar carácter han sido un tanto desvirtuados en el decurso del tiempo, nació en Cuenca a finales del siglo XIII (probablemente el año 1295). Fueron sus padres don García Alvarez de Albornoz y doña Teresa de Luna, ambos de noble linaje, si bien no pertenecieron a las casas reales de Castilla y Aragón, como durante mucho tiempo se pretendió, sin duda por el empeño que pusieron sus primeros biógrafos en aureolar el nombre del Cardenal con fabulosas genealogías, llegando hasta a anteponer el apellido Carrillo al de Albornoz. Hoy está plenamente comprobado, merced principalmente a la labor esclarecedora del historiador Jara, que el apellido Carrillo de Albornoz no se for-

mó hasta cerca de un siglo después de la muerte del gran Príncipe de la Iglesia, apareciendo por primera vez en testimonio escrito del año 1492.

En su ciudad natal —cuya bella catedral conserva la capilla-panteón llamada de Caballeros, con los suntuosos sepulcros de la familia Albornoz— hizo el futuro Cardenal sus estudios primarios, teniendo como maestro a Gil de Pedro. Habiendo dado pruebas evidentes de talento excepcional, marchó a Zaragoza, donde su tío materno, el Arzobispo Ximeno de Luna, patrocinó la formación del joven estudiante, completada después en la Universidad de Toulouse, una de las más célebres de entonces, de la que salió doctorado en Derecho Civil y Canónico. A su regreso en Castilla, pronto cundieron las dotes de sabiduría y valor caballeresco que poseía Albornoz, por lo cual no es extraño que obtuviera los primeros beneficios eclesiásticos, distinguiéndose principalmente en el ejercicio de su dignidad de Arcediano de Calatrava. Pero su «espíritu selecto y cortesano», en la expresión del ilustre historiador Ballesteros y Beretta sedujo al Monarca Alfonso XI, quien lo designó Canciller del Reino. Vacante la silla primada, en 1338, por óbito del anteriormente mencionado Arzobispo Luna, que a la sazón la ocupaba, el Rey se interesó decididamente porque el Cabildo eligiera a don Gil para la alta dignidad.

Tan pronto como regresó de su viaje a Roma, en la primavera de 1339, tras haber sido confirmada por Benedicto XII su elección para el Arzobispado, comenzó Albornoz su doble labor prelatia y política, aquélla mediante la celebración de sínodos diocesanos, con motivo de los cuales redactó importantes constituciones—algunas de las cuales permanecen inéditas—en las que se mostraba rígido defensor de la moral católica y la disciplina eclesiástica, y ésta siendo constante consejero del Monarca. Doce años duró aquel período de su actividad como personaje clave de la gobernación de Castilla. El historiador Bethencourt calificó los hechos de Albornoz como «precursores de lo que, aun con mayor relieve y nombradía, había de realizar más tarde en Avignon y en Italia, para bien del Pontificado y de la Iglesia, y aquéllos menos que éstos entre nosotros mismos ensalzados y hasta menos conocidos». No es extraño que se le considere comprendido en la línea de aquellos grandes Cardenales españoles, de relieve consubstancial a su siglo, que ofrece la Baja Edad Media y comienzos de la Moderna, línea iniciada por don Rodrigo Ximénez de Rada y que, tras Albornoz, continuó con don Pedro González de Mendoza y don Francisco Jiménez de Cisneros. Así ha

podido decirse que la vida de Albornoz debe ser considerada como clave de la España en la primera mitad del siglo XIII, y de la de Italia en la segunda del mismo.

Para entonces estaba reservado el dar gran avance a la Reconquista, merced a la prosecución de la lucha, que, contrastando con la paralización de anteriores lustros, pronto había de ofrecer óptimos resultados, pues llegóse a conseguir la victoria del Salado, gloria imperecedera en los anales de aquella pugna secular entre la Cruz y la Media Luna. Tras la celebración del capítulo de Ocaña, iniciáronse los preparativos de la que había de constituir magnífica y afortunada campaña contra el sarraceno y en ella actuó ya don Gil de Albornoz, que sería alma y cerebro de la misma, con todo el fervor y el singular tesón de su ardiente sangre, en la que debe verse el bélico atavismo. Al saberse que Abdul-Hasán, llamado también Almohacén, poderoso príncipe de Berbería, sojuzgador de los reyezuelos musulmanes de allende el Estrecho, había cruzado éste, con numerosa tropa, no tanto, sin duda, por acceder a la llamada de auxilio de los moros granadinos cuanto en virtud de llevar con beneficio propio sus conquistas a la Península, Albornoz, dándose cuenta exacta del peligro, acudió, presuroso, a Sevilla, donde se hallaba el Monarca con huestes preparadas para cortar el paso al invasor. Temióse fundadamente que no fueran suficientes los recursos propios para afrontar aquel peligro, en el que se jugaba la suerte de España y por ello se solicitó la ayuda de los otros reinos peninsulares. Portugal y Aragón brindaron su cooperación, que, aun entrañando reducido valor material, representaba un simbólico reconocimiento de la supremacía política de Castilla sobre los demás estados españoles. El Pontífice, Benedicto XII, contribuyó a estimular la ayuda concediendo su gracia a cuantos concurriesen a la guerra o contribuyeran a sostenerla y nombró a don Gil de Albornoz su Legado apostólico y Comisario general de la Cruzada, a cargo de quien quedó la publicación de las indulgencias.

Cabe afirmar que el resultado de aquella jornada del 29-30 de Octubre de 1340 sobrepujo cuanto pudo preverse al llegar el ejército cristiano a Peña del Ciervo, junto al río Salado, dando vista a Tarifa, plaza cercada por la morisma. «En la memorable batalla—escribe un cronista—, no sabemos si son más de admirar el arrojo o la cautela del Arzobispo, que en el centro de los haces en orden de batalla, teniendo al Rey de Castilla a un lado y al de Portugal al otro, dirigió la batalla, en rigor de verdad. Don Juan Manuel, que tenía orden de comenzar el encuentro y que era más ducho en letras que en armas,

rehuyó el combate. Advirtiéndolo don Gil, se lo comunicó al Rey, y salvó la situación con el impulso de los más bravos de sus caballeros. Pero, olvidando Alfonso XI su personal condición de Monarca, se lanzó como un león sobre las huestes enemigas —hecho que le valió el apodo de «león masillero»—, rodeado tan solo de cinco hombres heroicos y de don Gil, que al lado del Rey todo el día, paró con su cuerpo y con su escudo las saetas y lanzadas dirigidas contra el soberano, y aun tuvo que templar la intrepidez del Rey tirando de la brida de su caballo y diciendo a su señor: «Estad quedos e non pongáis en aventura a Castilla e León, que los moros son vencidos e fío en Dios que vos sedes oy vencedor». De la dura violencia de la lucha da fe, a más de lo ya expuesto, el hecho de que los cronistas de la época dieran la cifra de 200.000 alarbes muertos en el campo de batalla, con lo que las armas musulmanas quedaban afrentadas, y España libre para siempre de nueva invasión armada».

Empero, la victoria del Salado puso de manifiesto ser muy necesario completarla con la reconquista de Algeciras y Gibraltar, pues ello significaría cortar la comunicación que mantenían los musulmanes de ambas costas del Estrecho, impidiéndoles todo socorro a los de Granada, quienes, aislados, podrían ser fácilmente vencidos, realizándose así el *desideratum* secular que animaba la Reconquista, como paso decisivo que permitiera lograr la unidad nacional. Mas para ello se precisaban recursos de que Castilla carecía entonces, y a conseguirlos tendieron los afanes de Alfonso XI y Albornoz. Cuando ambos marcharon a Burgos para convocar Cortes, se enfrentaron con la oposición de éstas a establecer el nuevo tributo de la alcabala; pero don Gil venció la resistencia de los procuradores con sus peregrinas dotes suasorias, logrando imponer su voluntad con aquel espíritu selecto y talento político que le caracterizaban, tan ejemplares al cohonestar energía y ductilidad.

No se redujo a esto su actuación en la nueva fase bélica, sino que personalmente cuidaba de la dirección de los preparativos de la empresa, y de aquí que se le viera revisando la escuadra, fondeada en el puerto de Sotares, y ayudando al Rey tanto en los Consejos cuanto en el provisor acopio de armas y bastimentos para la lucha que se avecinaba. Entonces surgió la defección de los monarcas de Portugal y Aragón, que retiraron sus flotas, sin duda por desconfiar del éxito de la empresa —el segundo arguyó que necesitaba la suya para la guerra de Mallorca—, lo cual equivalía a quedar Castilla —exhausta de sangre y agobiada de impuestos— reducida a sus propias fuerzas, por lo que fue preciso requerir el auxilio extranjero. Marchó

Albornoz, presuroso, a París, logrando allí, tras hábil y laboriosa negociación, que el Monarca francés se aviniera a contribuir con hombres y recursos a la reconquista de Algeciras, en virtud de lo cual, a la vez que daba letras de cambio a cargo de banqueros genoveses, envió tropas al mando de los príncipes Gastón de Béarn y Felipe de Evreux. Tras largo y costoso asedio, durante el cual perecieron, entre otros valientes capitanes, los dos galos anteriormente nombrados, Algeciras capituló el 26 de Marzo de 1344, entrando el Rey y el Arzobispo en la plaza. Albornoz consagró el templo principal de la ciudad con la denominación de Santa María de la Palma, e hizo erigir otro nuevo dedicado a la Asunción.

Hubo entonces un trienio de tregua en la lucha, durante el cual se acentuó la acción política de Albornoz, tanto en el aspecto interno como en el diplomático. Marchó nuevamente al extranjero, esta vez presidiendo la embajada que había de concertar el casamiento del príncipe heredero, don Pedro, con doña Blanca de Borbón, hija de Felipe de Navarra, rotas que fueron las precedentes negociaciones con Eduardo de Inglaterra para dar a aquél a su hija Juana como esposa. Ello trajo aparejado concertar un tratado de alianza entre Francia y Castilla, que fue firmado en León el 1 de Julio de 1345, tratado en el que figuraba una cláusula por la que se salvaguardaban los derechos que pudieran caber a los hijos bastardos del monarca castellano en caso de incumplimiento por sus sucesores, cláusula que posteriormente se ha considerado como motivadora de la desarmonía entre don Pedro y la familia Albornoz. Y a continuación vino la obra más completa hecha por don Gil como legislador en Castilla: la compilación del famoso *Ordenamiento de Alcalá*.

La aprobación de aquel Estatuto por las Cortes celebradas en dicha ciudad durante el año 1348 revistió gran trascendencia, ya que se trataba de un acto capital para la pacificación del Reino, dando forma y vida legal al código de las *Partidas*, el más grande monumento jurídico medieval español, que sustituyó en el Derecho Común a la diversidad de Fueros municipales a la sazón subsistentes. A continuación, Albornoz convocó en Alcalá un sínodo donde, al igual que en los concilios diocesanos anteriormente celebrados en Toledo, se adoptaron importantes acuerdos tendentes a robustecer la disciplina intelectual y moral del clero. Ello trajo como consecuencia el castigo de algunos sacerdotes de vida irregular, como el famoso Arcipreste de Hita, famoso poeta, que llegó a satirizar la liturgia católica. No han faltado autores que manifiesten su extrañeza por el hecho de que Albornoz, pese aquella su rigidez moral, pasara

por el público escándalo que daba el propio Monarca manteniendo amores ilegítimos con la bellísima dama doña Leonor de Guzmán; pero ha de tenerse en cuenta que aquél había de atemperar su conducta en tal orden a la actitud del Pontífice, quien a pesar de amonestar al Monarca, amenazándole con la excomunión, hubo de transigir ante lo que el ínclito vencedor del Salado le contestó a este respecto, según refiere un antiguo cronista italiano: «Santo Padre. Si piace a Voy que io mora e non viva piú, io lasso stare; tutta fiata que io staiessi senza essa io non poteva vivere».

En las Cortes de Alcalá se puso de manifiesto la necesidad de proseguir la campaña contra la morisma, acometiendo la reconquista del Peñón de Gibraltar, cuyo gran valor estratégico obsesionaba al Rey y al Arzobispo. Por ello se puso sitio a la plaza, y cuando ya se esperaba expugnarla declaróse en el campamento la temible epidemia de peste negra que a la sazón assolaba a otros países europeos. Aquel azote diezmó a los sitiadores, por lo que muchos de ellos se inclinaban a levantar el cerco; pero el indomable Alfonso XI desoyó la advertencia, y ello fue causa de su muerte, acaecida el 25 de Marzo, día de Viernes Santo, de 1350, cuando sólo contaba 38 años, y de su capacidad, arrojo y altas dotes de mando cabía esperar aún grandes hechos, pues, como dijo el P. Mariana, «si alcanzara más largá vida, desarraigara de España las reliquias que en ella quedaban de la morisma».

La desvirtuación de la figura de Albornoz a que al comienzo nos referimos no se manifestó sólo con aquellos datos ditirámbicos referentes a su genealogía, lo cual, en fin de cuentas, es de insuficiente importancia para desfigurar la objetividad de su vida ejemplar, sino merced a la franca injusticia con que otros historiadores, sin duda poco simpatizantes con la integridad moral del glorioso político, pretendieron negarle cualidades y actuaciones paladinamente sobresalientes. Hay crónicas tan importantes como la de López de Ayala y Villazán que no lo mencionan al referirse al asedio de Gibraltar, y el P. Mariana niega rotundamente que en él se hallara; mas el historiador Jara encontró en la colección diplomática de Burriel una carta firmada y sellada por Albornoz, precisamente ante dicha plaza, el día 17 de Octubre de 1349, o sea en plena época del asedio. También llegó a negarse su participación en las Cortes de Alcalá, no siendo citado por Martínez Marina y Colmeiro, pese a la natural convicción de que forzosamente hubo de ser convocado y era inexcusable su asistencia a ellas. La concluyente demostración de que estuvo presente allí se halla en una *Historia de Alcalá de Henares*, donde se

Arte de Extremadura. - JEREZ DE LOS CABALLEROS. Imagen mariana gótica sobre una columna con inscripción visigoda del año 556, en la iglesia parroquial de Santa María



narra la célebre contienda sobre preferencia de asiento y voz ruidosamente sostenida por los procuradores de Burgos contra los de Toledo, que fue zanjada, con gran autoridad y aplauso, precisamente por don Gil, inspirador de las concluyentes palabras puestas en boca del Monarca.

Con la muerte de Alfonso XI terminó la actuación política, militar y religiosa de Albornoz en España, pues pronto vio que no era grato al hijo y sucesor de aquél, el joven don Pedro I, luego llamado *El Cruel*.

Varios antiguos historiadores y biógrafos, entre ellos Juan Ginés de Sepúlveda, afirmaron que huyó de España para sustraerse a la persecución del nuevo Monarca, iracundo por haberle vituperado sus adulterinos amores con doña María de Padilla; pero si bien es cierto que entre ellos existía «desemejanza de caracteres», por la cual no cabía esperar provechosa colaboración dirigiendo los destinos del país, no lo es menos que la causa inmediata de tal desentendimiento fue bien distinta de la apuntada, que supone patente anacronismo, ya que las relaciones ilegítimas de Pedro I no comenzaron hasta 1354, cuando Albornoz ya se hallaba fuera de su patria. Jara y Filippini han esclarecido cómo el Capítulo de Santiago denunció a don Pedro, con malévola intención, que Albornoz había obtenido de Alfonso XI el señorío de varias villas, entre ellas la de Paracuellos, anteriormente perteneciente a la Orden, la cual debía haber recibido, en cambio, otros lugares, y que como esto no tuvo efecto, debía anularse aquella presunta cesión leonina y considerar de mala fe la conducta de Albornoz en tal sentido. Como el Rey no dio fe a las excusas del Arzobispo, que justificó haber comprado los lugares de referencia, éste experimentó el natural despecho, decidiendo ausentarse de Castilla. El 11 de Junio de 1350, estando en el monasterio de San Blas, de Villaviciosa, designó al Obispo de Osma como Vicario del Arzobispado. Y cuando, el 28, llegó allí un mensajero portador de carta del Rey, fechada en Sevilla, no encontró al destinatario. En esa carta daba don Pedro órdenes para que las villas fuesen restituídas a los santiaguistas, compensando a su poseedor con una importante suma.

La austeridad de su vida, tan contraria a todo lo que supusiera adaptación acomodaticia para el personal medro; los grandes ideales religiosos y patrióticos apasionadamente sentidos; la aversión que alentaba hacia los turbios manejos cortesanos, y su gran sensibilidad en cuestiones de honor, fueron razones potísimas por las que se le hizo imposible al Arzobispo continuar en Castilla. Forzado a

abandonarla, era natural que decidiera ponerse al servicio directo del Pontificado, el cual, recluso en Avignon, necesitaba imperiosamente el concurso de mentes geniales capaces de hacerle superar la crisis de autoridad que entonces sufría.

* * *

Como es sabido, la serie de Papas que se sucedieron desde Martín IV hasta Bonifacio V, momento en que la Sede Pontificia fue trasladada a Francia, asistieron dolorosamente a un paulatino debilitamiento del poder de la Iglesia, a causa de la lucha sostenida contra los Hohenstaufen, y ello coincidió con notables avatares y cambios de poderío de los principales países europeos. Tanto Alemania e Italia como los Estados Pontificios sufrieron desórdenes y continuas luchas, que se traducían en manifiesta impotencia exterior. Francia, en cambio, aparecía robustecida y con creciente poder.

Durante el destierro de la Sede Pontificia en Avignon, donde permaneció setenta años, período considerado como la *nueva cautividad de Babilonia*, todos los Papas fueron franceses. Albornoz estuvo al servicio de ellos: Clemente VI, Inocencio VI y Urbano V.

Realmente, la situación de Italia se agravó durante aquella época, pues en Roma no existía gobierno, al carecer los Papas de autoridad para reprimir la rebeldía de los omnímodos señores feudales, que se creían independientes. Así llegóse hasta a poner los monumentos de la antigüedad en vergonzosa venta, mientras se arruinaban los templos y en el mismo San Pedro pastaban los rebaños. Conociendo Albornoz esta patética situación de la Iglesia, es natural que sintiera vehementemente su ánimo por análogos impulsos para su defensa que los que le llevaron en España a ser adalid insuperado de la Reconquista. Su supremo ideal fue, pues, el retorno del Pontificado a Roma, y al conseguirlo, afianzando para siempre los fundamentos de la Iglesia, ganó legítimamente el título de salvador de la misma, que todos los historiadores le confieren. El más solvente y concienzudo de ellos, entre los contemporáneos, Filippini, dice a este respecto que «no sólo reconstituyó el Estado de la Iglesia, sino que extendió en todas direcciones los tentáculos para reunir en su cuerpo los miembros de la nación italiana».

A poco de llegar Albornoz a Avignon celebró Clemente VI un consistorio para cubrir las vacantes que existían en el Sacro Colegio. Uno de los doce Cardenales presbíteros entonces nombrados fue el Arzobispo español, con el título de San Clemente. Ello supuso

para Albornoz tener que renunciar a la mitra toledana, si bien conservó sus beneficios en aquella y otras diócesis españolas. La concesión del capelo representaba ver compensadas sus amarguras y reconocidos sus méritos. Esto último se patentizó poco después de manera concluyente, cuando Clemente VI le confió la delicada misión de marchar a París, en unión del Cardenal Capocci, para tratar de dirimir las discordias existentes entre los reyes de Francia e Inglaterra.

Muerto a poco aquel Pontífice, fue elegido para sucederle Esteban Auber, Obispo de Ostia, que tomó el nombre de Inocencio VI. En su juventud fue profesor de la Universidad de Toulouse, precisamente cuando estudiaba allí Albornoz, por lo cual no es extraño que, conociendo las dotes de su antiguo discípulo, le nombrara—en 30 de Junio de 1353—Legado en Italia y Vicario General de los dominios eclesiásticos, con amplísimos poderes y prerrogativas.

No es posible, dada la índole sumaria de este trabajo, seguir paso a paso la actuación del Cardenal en la fase sobremanera activa y dinámica—aunque presidida siempre por el talento, la intuición y la prudencia—que a partir de entonces se inicia. Por ello hemos de referirnos solamente a los momentos culminantes de la misma.

Cuando se supo en Castilla la exaltación de Albornoz a cargo tan preeminente y la empresa que le había sido encomendada, de reconquistar los Estados Pontificios, fueron muchos los parientes y amigos que se ofrecieron para acompañarle. El Rey, desposado ya con la princesa doña Blanca, deseaba reconciliarse con el Cardenal, a fin de utilizar su consejo en la resolución de los difíciles problemas de gobierno que comenzaban a presentársele, y a ello obedeció que reiteradamente gestionara del Pontífice la revocación de aquél como Legado en Italia; pero Inocencio VI le contestó con corteses excusas, haciéndole ver que la gravedad del momento por que atravesaba la Iglesia requería la inmediata partida de Albornoz para el desempeño de su cometido. Esta tuvo lugar el 13 de Agosto de aquel año. Le acompañaba su séquito eclesiástico y una escolta formada por soldados de diversas nacionalidades: Españoles, franceses, alemanes e ingleses. El Pontífice quería agotar todos los medios posibles para conseguir que volvieran a su obediencia los Estados de la Iglesia, sin necesidad de emplear la fuerza, y por ello hizo ver que su Legado era mensajero de paz.

A la vez que Albornoz, marchó a Italia, por inspiración del Papa, otro personaje de características asaz opuestas a las del Cardenal, personaje cuya actuación constituye un episodio que no debe ser

aquí omitido. Nos referimos a Cola de Rienzi, el famoso tribuno, de humilde extracción (era hijo de un tabernero), que, en su megalomanía, llegó a creer que podría alzarse con el cetro de Roma, proclamándose emperador de toda Italia. Su oratoria, de arrebatadora elocuencia, le sirvió para atraerse la admiración popular de aquella masa oprimida por los tiránicos abusos de la nobleza. De aquí que en la primera fase de su actuación (año 1347) llegara a vencer a la aristocracia, gobernando como tribuno, merced al consentimiento del anterior Papa, que vio en él, con la natural complacencia, la derrota de los cabecillas insumisos, quienes abandonaron la capital del orbe católico. Pero aquella victoria despertó en el llamado Tribuno de la Segunda República Romana un verdadero delirio de grandeza, que fue la causa de malograrse los nobles propósitos iniciales, tan bien vistos por el Pontificado. Su fausto y excentricidades le enajenaron pronto la adhesión popular, lo cual permitió a la nobleza reaccionar e imponerse de nuevo. La Iglesia tuvo que declararlo sedicioso y hereje, acabando Clemente VI por mandar apresarle en la cárcel de Avignon, de donde hubiera ido al cadalso a no mediar la influencia del glorioso poeta Petrarca.

La segunda fase de su actuación comienza en virtud del indulto que le concedió Inocencio VI, con gesto generoso y magnánimo, si bien un tanto interesado, pues Rienzi le había prometido ser defensor del dominio pontifical, liberando a Italia de todos los tiranos, por lo cual no vaciló en imponerle a los romanos. «Entonces resurgió en Cola —escribe un cronista— el hombre ambicioso y fantástico. Subió al Capitolio, acogido en triunfo por el pueblo, mientras los nobles se alejaban de la ciudad para quedar en sus castillos a la expectativa de los acontecimientos, con la confianza de que no existe nada más versátil que la voluntad de los pueblos. El ojo certero de Albornoz, en aquella ocasión, vio lo peligroso que era para la Iglesia el crecimiento de la autoridad de Rienzi. Bastó un tumulto en Roma para que el prestigio del mismo se derrumbara; intentó huir, y fue asesinado. Arrastraron su cuerpo por las calles, quemando después el cadáver y aventando las cenizas... Así acabó aquel en quien Inocencio VI veía ingenuamente el soñado defensor de la causa del Pontificado. Si lo arrollador de su fantasía hubiese tenido el freno de la prudencia política, Rienzi ocuparía un lugar preeminente en la historia de su siglo».

Se ha dicho, con acierto, que fueron inseparables las dotes excepcionales de Albornoz como guerrero y como político. Como caudillo militar demostró no serle extraño ninguno de los

recursos del arte de la guerra. En él, lejos de contraponerse, se complementaban el valor que afronta los peligros y la solercia que simplifica y soslaya las dificultades; el arrojo decisivo, imprescindible para las rápidas victorias, y la paciente espera, a veces clave del éxito que cristaliza sólo con el transcurso del tiempo. Todo ello se explica habida cuenta de que el concepto que de la guerra tenía era el de constituir ésta un instrumento divino para vencer combatiendo por la santa causa de la Iglesia de Cristo. De aquí que su empeño fuera siempre suprimir en la lucha todo lo que la lógica y la moral demuestran ser inútil e innecesario, según puede verse en la obra *De Bello*, que su autor, Giovanni de Legnano, dedicó al Cardenal.

Sepúlveda escribió acerca de esto: «Don Gil vencía no peleando, sino mandando, porque le parecía que convenía más a su dignidad ordenar escuadrones y al mismo tiempo rogar a Dios inmortal por el éxito de la batalla, que andar entre las armas», lo que equivale a decir que no le importaba sacrificar los propios impulsos varoniles. Claro que hubo ocasión en que su temple de hombre valeroso se sobrepuso a todo lo demás: Tal el día en que, desafiado por Galeotto, aceptó el reto sin vacilar, si bien no llegara a verificarse el encuentro por la vergonzosa huida del presunto caballero italiano. Por arduas que fueran las empresas, por poderoso que apareciese el enemigo, por dilatada y fatigosa que se presentara la campaña, por dudoso que cupiera prever el resultado de los encuentros, jamás se apoderó de don Gil el desánimo de espíritu ni dio señales de fatiga física. Era de generosidad inagotable, en todos los aspectos, lo mismo tratándose de conceder el perdón que en lo referente al desprendimiento de bienes materiales. Lo primero está bien demostrado con el gesto magnánimo que tuvo en Cesena, tras el gran triunfo logrado, pues otorgó a Madona Cía degli Ubaldini la gracia pedida, reconociendo que aquella excepcional mujer hizo revivir en la defensa de la plaza el recuerdo de las antiguas heroínas romanas. En cuanto a lo segundo, bien probado queda con las veces que de su propio peculio hubo de subvenir a los gastos de la guerra, llegando a vender sus joyas y tapices con tal de no prescindir de bastimentos indispensables o para que sus soldados cobrasen puntualmente el estipendio. Y nunca flaqueó su entereza, espejo vivo de ejemplares convicciones, ni aun ante los golpes más amargos e impresionantes, como aquél, tan inesperado, que le produjo la marcha a España de su tío Lupo, Arzobispo de Zaragoza, que venía siendo su mejor colaborador y consejero, verdadero báculo de su ya incipiente senectud, según él mismo decía...

Mucho sirvióle a Albornoz la experiencia adquirida durante los

lustros en actuó en España como prohombre de la Reconquista. Así se explica que, recordando la importancia decisiva que en el sitio de Algeciras revistió el empleo por los musulimes de giganrescas máquinas constitutivas, en puridad, de la artillería pesada de entonces, mandara él construirlas en Ancona a fin de utilizarlas en el cerco de las plazas fuertes, habiendo dado en el de Cesena los más brillantes resultados. Aquella gran victoria de debelar una fortaleza cuyas excepcionales situación y defensas hicieron tenerla por inexpugnable, constituyó prueba tan fehaciente de la genial clarividencia de Albornoz como los resultados, igualmente espléndidos, conseguidos en las cuatro grandes batallas de Orvieto, Padierno, San Rufillo y Solara.

Parígal a su genio para la conquista, en virtud del cual se sucedían sus victorias contra los cabecillas feudales —aquellos condotieros, generalmente sin escrúpulos, llamados Vico, Malatesta, Manfredi, Orsini, Barnabo, Ordellaffi, Visconti, Magliano, etc.—, logrando estrechar concéntricamente, de fuera a dentro, el cerco a la capital de los Estados Pontificios, fue su concepción conservadora de tales conquistas, la cual entraña el paso a la otra gran faceta de su personalidad: La de político, gobernante y jurista, o sea hombre de Estado. Así vemos que el vencedor, en su deseo de convertir en definitivo su propósito, asegurando materialmente los triunfos de las armas, aparecía al momento como un formidable constructor de fortalezas. ¡Cuántas de estas admirables edificaciones castrenses pregonan todavía en Italia la magna empresa albornociana! Citemos algunos nombres de alto poder evocador al respecto: Orvieto, Montefiascone, Cesena, San Cataldo (Ancona), Forli, Spoleto, Ascoli...

En la concluyente definición de Menéndez Pelayo, cuando dijo que el Cardenal don Gil de Albornoz fue «uno de los más grandes hombres que nuestra nación ha producido, y en talento político quizás el primero de todos», pesaron, sin duda, no sólo las dotes y actuación que ya llevamos bosquejadas, sino, acaso en mayor medida, su talento político.

* * *

El 12 de Septiembre de 1362 murió Inocencio VI, Pontífice que tan dispares juicios mereció a sus coetáneos y a la posteridad. Así, mientras Villani elogia su vida sencilla y honesta, Petrarca lo acusa de avaricia; Gregorovius afirma que fue de los mejores Papas que hubo en Avignon; Pastor lo conceptúa óptimo pastor, pero no ge-

nio político, y Felippini pone de manifiesto que, enfermo y sin voluntad, principalmente en sus últimos años, de lo que más se preocupó fue de no disminuir el tesoro de la Iglesia. Es indudable que no puede regateársele el gran mérito de haber sabido apreciar desde un principio la excepcional personalidad de Albornoz —a quien no vaciló en llamar *Padre de la Iglesia*—, confiándole misión tan trascendente, aunque luego hubiera disentiimiento entre ambos por cuestiones de procedimiento, y hasta, dadas extrañas injerencias, pensara sustituirle, lo que no llegó a realizar.

A tener en cuenta la opinión de algunos historiadores, como Sepúlveda, Albornoz pudo ser elegido sucesor de Inocencio VI, ya que le sobraban méritos para ello, pero no aceptó el que se patrocinara su candidatura. He aquí cómo se refiere a esto dicho autor: «Al morir Inocencio VI llamaron a don Gil con muchas cartas para la elección del Papa, y era tan grande la opinión que todos tenían de sus excelencias, que a los más parecía que sin duda fuera él el acepto de los que pretendían aquella suprema dignidad. Don Gil les respondió que les agradecía mucho su buena voluntad, pero que si él en aquella sazón dejase a Italia, las más ciudades vendrían en peligro grande, por la maldad e inconsciencia de los tiranos, y que no tenía en tanto subir a ser Sumo Pontífice cuanto que se conservase señaladamente con su presencia lo que él había, por largo tiempo y con mucho trabajo y sangre derramada, ganado, porque con su ausencia era visto que se conseguiría sólo entregarlo todo a los enemigos, que estaban deseando semejantes ocasiones». Aquel cónclave de 28 de Septiembre de 1362 eligió a Guillermo Grimoard, abad del monasterio benedictino de San Víctor, cercano a Marsella, quien a la sazón se hallaba en Nápoles como embajador de la reina Juana. Era docto en diplomacia, y a la integridad de costumbres unía carácter firme y plena consciencia de la misión que le atañía al ocupar la silla de San Pedro. Se le impuso la tiara en Noviembre, con el nombre de Urbano V, y uno de sus actos iniciales fue confirmar los poderes de Albornoz como Legado en Italia.

El primer lustro de pontificado de Urbano V fue el último de vida de don Gil. En él continuó la campaña reconquistadora de los Estados de la Iglesia, siendo de señalar, como hecho capital de aquella fase postrera de la misma, la sangrienta batalla de Solara, que constituyó una de las más resonantes victorias logradas sobre los insubmisos cabecillas italianos, muchos de los cuales cayeron prisioneros, con la contrapartida de haber muerto en ella, combatiendo valerosamente, el sobrino del Cardenal, García. Otros hechos, que

sólo cabe mencionar, fueron las paces que la Iglesia fue concertando con los principales magnates; las nuevas leyes dadas por Albornoz en Ancona, el año 1363, conceptuadas como verdadero modelo de legislación municipal, los deseos sentidos por él mismo de abandonar a Italia, empero lo cual hubo de marchar como Legado al reino de Sicilia, y el retorno de Urbano V a Italia.

Albornoz murió en la noche del 23 de Agosto de 1367, encontrándose en la *bastita di Belriposo*, próxima a Viterbo, en vísperas de la entrada en Roma de Urbano V, que tantos desvelos le había exigido, por lo cual se ha dicho que repitióse en el Cardenal el caso de Moisés, a quien no le fue dado alcanzar la Tierra Prometida. Mucho se especuló acerca de las causas de su, en cierto modo, repentino fallecimiento, pues hasta corrió la especie de haber sido envenenado, según consigna Oldo di Biagio, cronista de Ancona; pero parece lo cierto que sobrevino a consecuencia de la fiebre malaria, doblemente agotadora en aquella región pantanosa durante la época estival. Todos los biógrafos se muestran contestes en considerar que la naturaleza del Cardenal se había resentido a lo largo de aquellos años con los sufrimientos morales a que se vio sometido. No sólo la nostalgia que le producía su dilatada ausencia de España y las noticias procedentes de su patria, denotadoras del infortunio familiar, sobre todo tras la batalla de Nájera, que fortaleció, aunque fugazmente, el trono de don Pedro, sino las contrariedades inherentes a la incompreensión, la envidia y la ingratitude de que fue objeto en Italia, minaron su fuerte constitución somática. Aquella acumulación de trabajos y fatigas, flaqueza en el ánimo de algunos de los Papas y malévolas acusaciones de malversación, por las que hubo de retornar a Avignon, confundiendo a sus detractores con la irrefragable demostración de su hialina conducta, contribuyó a su acabamiento, si bien cuando la obra a que estuvo consagrado aparecía ya espléndida y sin posible fracaso.

Había dictado testamento el 31 de Diciembre de 1364, hallándose en Ancona, y tres años después le agregó un codicilo. Sepúlveda conceptúa aquel documento de «singular ejemplo» por su contenido, sobremanera edificante. Entre sus disposiciones figuraba la de ser sepultado en la iglesia franciscana más próxima a la ciudad donde muriese, pero que sus restos fueran trasladados a España tan pronto como para ello no existiere impedimento, debiendo quedar definitivamente enterrados en la capilla de San Ildelfonso de la catedral de Toledo, por él fundada. En vista de ello, estuvieron primeramente en Asís, y cuando, dos años después, con el óbito del monarca cas-

tellano, desapareció todo obstáculo para cumplir la postrera voluntad de Albornoz, se efectuó el traslado desde la ciudad seráfica a Toledo, traslado que tardó catorce meses, constituyendo un suceso relevante y solemne, dada la cooperación que a su brillantez prestaron Urbano V y el nuevo monarca castellano. El primero, que llamó a Albornoz *atleta de Cristo*, concedió indulgencia plenaria de todos los pecados a cualquiera que, aun por poco espacio, ayudara a transportar la litera donde yacía el cuerpo del Cardenal. Enrique de Trastámara se unió a la comitiva y llevó con otros sobre sus hombros el féretro, lo cual le valió para quedar libre de pecados, incluso el tremendo del fratricidio cometido en Montiel. En la capilla de referencia de la *Dives Toletana* subsiste el suntuoso sepulcro ojival, hecho en el mismo año —1369— en que se trasladaron los restos.

El recuerdo del Cardenal Albornoz perdura, indeleble, en el libro de la Historia, que lo proclama como el más típico representante de la Baja Edad Media, «enorme y delicada». Dos instituciones ejemplares pregonan en Italia también el ejemplo de las ideas fecunda del insigne purpurado: La capilla dedicada a Santa Catalina de Alejandría, protectora de los estudios de Filosofía y Teología, edificada, a sus expensas, en Asís, en la propia casa de San Francisco —quien, según Albornoz, bastaba por sí solo para confirmar la religión católica—, y el Colegio de San Clemente de Bolonia, la ciudad italiana para él predilecta, centro en el que tantos españoles tuvieron su insuperable formación intelectual y patriótica.

